

GALDÓS Y EL REGENERACIONISMO

Isabel Román Román

I

Parece evidente que Galdós intensifica en su última etapa creativa su entronque con la tradición barroca española del didactismo mediante el emblema y la alegoría, que servirán de cauce al planteamiento de sus utopías para la salvación nacional. Pero recordaremos en primer lugar que también se encuentran raíces barrocas en la práctica de lo que podría llamarse "retórica del regeneracionismo", con los cauces expresivos de la visión organicista de la sociedad.

La filosofía política y el arbitristismo barrocos se expresaron igualmente a partir del modelo de la Medicina, en un siglo en el que esta disciplina avanzaba hacia su configuración científica. Sancho de Moncada escribía en 1619: "como hay principios ciertos y reglas infalibles que enseñan a remediar las enfermedades de los cuerpos y de las almas (...) hay remedios infalibles para remediar los daños que pueden venir a los reinos en común".¹ Desde fines del siglo XVI, médicos arbitristas (parece una secuencia inseparable la del diagnóstico y el remedio) como Miguel Sabuco, Huarte de San Juan, Jerónimo Merola o Pérez de Herrera, entre otros muchos, venían insistiendo en la función del príncipe como "médico" que había de curar a un "enfermo que poco a poco se va acabando", como terminará por reconocer Barrionuevo en sus famosos *Avisos de 1656*.²

En nuestro Siglo de Oro, la filosofía política española representaba al país con la imagen de un cuerpo humano cuya cabeza es el rey. Arbitristas como el Doctor Laguna, bajo Carlos V, o Cristóbal Pérez de Herrera, ya con Felipe II, solían servirse de desarrollos detallados para explicar las "funciones orgánicas" correspondientes a cada categoría social, funciones que deberían asegurar la vida del "cuerpo social".

El fin del siglo XIX reproduce el mismo sentimiento de sí como «época de crisis», y los pensadores vuelven a meditar sobre el cuerpo enfermo de su país, y también sobre las patologías del *alma nacional*, concepto éste plenamente romántico. Los estudiosos de la Historia, como ha subrayado Maravall, tienden a tachar de groseros y anticientíficos los modos organicistas de expresión, aún reconociendo el valor de obras como el *Leviatán* de Hobbes y el cauce de reflexión que las analogías organicistas permitieron.³ Anticientífico o no, la crisis de las últimas décadas del S.XIX retoma este modelo conceptual y expresivo acerca de los males del país, aunque en el fin de siglo los moldes aportados por la Sociología como ciencia naciente en el siglo sean las pautas para los pensadores.

Suponemos que la obra del filósofo Alfred Fouillée *La ciencia social contemporánea* pudo ser conocida en España directamente en su edición francesa, antes de la traducción de Adolfo Posada en 1894, por lo que no es descartable su influjo temprano en el modo de articular pensamiento y expresión propio del regeneracionismo español. La formación de Fouillée, aunque de base positivista, le condujo sin embargo a la intención de conciliar idealismo y positivismo para la aplicación a los campos de la Sociología y el Derecho. En su obra básica de Sociología, coherentemente con su admiración hacia el manual de Zoología de M. Jäger -que clasificaba las sociedades como seres vivos y analizaba sus caracteres como un naturalista- declaraba que tales analogías eran consideradas en su época "identidades que expresan la realidad misma con una entera exactitud". Y especialmente en el Libro segundo de su obra, "El organismo social y la escuela naturalista", comenta las doctrinas de Spencer, Comte, Littré o Berthelot al respecto, especialmente las relacionadas con lo que denomina "Pruebas fisiológicas del organismo social", o "El sistema nervioso de las sociedades", entendiendo a las sociedades como individuos fisiológicos en los que por tanto se manifiestan caracteres esenciales como la generación, la organización, la nutrición, las enfermedades y la muerte.⁴

Como individuo fisiológico considera siempre Joaquín Costa al país, de tal modo que sobresalen en el conjunto de su obra las personificaciones de conceptos e instituciones vista desde el modelo de "lo orgánico". Su "Concepto orgánico de la Marina", por recordar una muestra significativa, expone ordenadamente lo que se ha menester para alcanzar "un organismo económico robusto", ya que la Marina es "una pieza de un organismo complicado que necesita la concurrencia de otras muchas; que por sí misma no vale".⁵

En perfecta síntesis con la fuente positivista de la sociología, las alegorías fisiológicas del regeneracionismo se nutren de la filosofía idealista alemana del siglo XIX, especialmente de la obra programática de los principios educativos de la Institución Libre de Enseñanza, el *Ideal de la humanidad para la vida* de Karl Krause, traducida por Sanz del Río, con una primera edición en 1860 y una segunda en 1871. A la docencia universitaria de Julián Sanz del Río, que asienta la influencia del Krausismo en nuestro país entre 1857 y 1869 se añade, como es bien sabido, el impacto de *Los mandamientos de la Humanidad* y la posterior *Revista Europea* fundada en 1874.

El krausismo, base filosófica para los que buscaban una regeneración moral e intelectual para España, se combina así con el influjo directo de la sociología como ciencia naciente en la segunda mitad del siglo XIX. Krause no sólo proponía una visión de la Humanidad como organismo social compuesto por una unión armónica de otros organismos,⁶ sino que desarrollaba también su concepción de las edades de la Humanidad como ser vivo, edades de entre las que sus contemporáneos se encontrarían aún en el

estadio de “pueblos infantiles”.⁷ Trata por vez primera el concepto de “enfermedades de la Historia”, mientras que Giner, en carta a don Rafael Altamira, señala que hay que distinguir entre lo sano y lo enfermo.⁸

Las fórmulas referidas a la enfermedad espiritual y las consiguientes propuestas de regeneración se acumulan enseguida desde el fin de siglo, cuando “regeneración” se convierte en el concepto de moda. Aunque los *Diccionarios* de la Real Academia de 1869 y 1884 recogen sólo la acepción moral del término, la lexicografía ha documentado ejemplos tempranos de discursos parlamentarios de 1869 en los que el término empezaba ya a ser usado con la acepción que nos interesa.⁹ Treinta años después proliferarían los libros y artículos en torno a este tema, como *Regeneración económica*, de Jesús Pando y Valle, en 1897; *Los desastres y la regeneración en España*, de J. Rodríguez Martínez; *La regeneración y el problema político*, de Antonio Royo Villanova o *¿Nos regeneraremos?*, del Marqués de Torre Hermosa, todos ellos del año 1899.

Especialmente en los años 1897 a 1902 confluyen con mayor intensidad desde artículos a obras completas ocupadas en definir las enfermedades y remedios del organismo español. Pero los juicios galdosianos sobre una patria enferma que precisa remedios habían aparecido en fecha tan temprana como 1876, cuando apuntaba su visión organicista en el episodio *El 7 de julio* y en *Gloria*. En el episodio citado, el país es visto por dos personajes contrarios al “pasteleo político” de Martínez de la Rosa, como un enfermo moribundo, aunque “la medicina política propone una sangría” (o revolución) en vano, según conversaciones de varios personajes liberales.¹⁰ Aunque el marco histórico evocado en este episodio corresponde a marzo de 1822, se inicia de esta manera el esbozo de lo que será una sostenida correspondencia, la de la ecuación revolución=sangría: la sangre previsiblemente vertida en una revolución se convierte en remedio médico deseable, en operación necesaria para el país.

Más tarde, en 1881, *La desheredada* comparte el lenguaje del regeneracionismo cuando ya en la dedicatoria el campo de la Medicina unifica la expresión, para acabar con la ofrenda de la novela “a los maestros de escuela”, presentados como los deseables “médicos” del país:

Saliendo a relucir aquí, sin saber cómo ni por qué algunas dolencias sociales nacidas de la falta de nutrición y del poco uso que se viene haciendo de los beneficios reconstituyentes llamados Aritmética, Lógica Moral y Sentido común.¹¹

En el año emblemático de 1898, el narrador del episodio *De Oñate a La Granja* opina que los infinitos pronunciamientos del siglo eran “la enfermedad general ya crónica, que se agravaba. Mas no por ello moriría el enfermo”.¹² Un año después y aún en la tercera serie de *Episodios* galdosianos, el carlismo se concibe en *Vergara* como “la causa determi-

nante de aquella dolencia, que con el tiempo había de corromper la sangre nacional". La protesta armada, siempre repetida y nunca eficaz, se convierte en "la enfermedad histórica de la nación", consecuencia de "la rápida gangrena del cuerpo lacerado del absolutismo".¹⁵

En *Los duendes de la camarilla* (1903), Ansúrez propone la necesidad de un remediador o "médico de esta enferma nación". Merino se sirve expresamente del vocablo "regeneración", apuntando al inmenso talento y valor que necesitaría "el que a España regenere...".¹⁴

No es difícil observar cómo la terminología de los sociólogos regeneracionistas se halla por completo prendida en estos pasajes, aplicada a momentos históricos alejados de los del Desastre. Pero Galdós proyecta más intensamente que nunca en los *Episodios* de la cuarta y quinta series su propio sentir político y los moldes retóricos contemporáneos. El lector moderno, que sabe bien que no ha de mezclar conceptos como "autor", "autor implícito", "voces narrativas", etc., encuentra sin embargo expresiones idénticas en la voz de variadísimos personajes de la cuarta y quinta series, en la propia palabra de Galdós periodista y, desde 1907, en alocuciones, cartas y mítines como impulsor de la Conjunción Liberal-Socialista. Precisamente no en obra de ficción, sino en artículo para *La Prensa*, reflexionaba el autor en diciembre de 1886 acerca de si las revoluciones podrían ser de alguna utilidad "contra los vicios de complejón que están profundísimamente arraigados en las costumbres".¹⁵

Y en su mensaje para un mitin de San Sebastián del 20 de junio de 1908, se refiere a la metamorfosis del absolutismo "antes fiera pujante, ahora *bacillus* que invade el interior del organismo".¹⁶ Forma semejante, como puede comprobarse, a la elegida por Unamuno un año después en su artículo "La envidia hispánica", escrito como comentario al libro del boliviano Alcides Díaz Arguedas, *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos*. Aquí, Unamuno aplica a España las enfermedades morales que el político boliviano juzga rasgos de sus compatriotas:

(...) es que ese pueblo enfermo que Arguedas nos describe no es sólo -creo haberlo dicho- el pueblo boliviano. Este pueblo le sirve de caso demostrativo, pero el enfermo es mucho más amplio (...) Y este funesto cáncer de la envidia ha engendrado, por reacción, otra enfermedad, y es la manía persecutoria (...) Y esta horrible gangrena de la envidia, ¿de qué puede habernos venido?¹⁷

El manifiesto de Ayala, al inicio de la Revolución del 68, es evocado desde 1907 como "proclama viril en que el poeta (...) expresó el dolor de la patria y sus legítimos anhelos de recobrar la salud, la paz y el decoro".¹⁸ Más atrás se había confiado a *Confusio*, autor de una historia apócrifa de

España, el desarrollo de la parábola que explica la situación nacional tensa contra el orden: "La libertad es el aire que vivifica; el orden es el calor de estufa o brasero (...) Cuando los gobiernos no saben disponer los braseros y éstos producen emanaciones venenosas, los pueblos al caer con síntomas de asfixia se levantan de un bote (...) Lo que llamamos pronunciamientos (...) no son más que aplicaciones heroicas de las providenciales sanguijuelas, sinapismos, ventosas o sangría que exige un agudo estado morboso".¹⁹

La muerte de los sargentos tras el fallido pronunciamiento de Prim es juzgada con rabiosa ironía por un narrador liberal, y comparada en este *Episodio* de 1907 con "heroica medicina contra las enfermedades del principio de autoridad, que por aquellos días, y en otros muchos días de la historia patria, padecía achaques y terribles accesos agudos".²⁰

En *La revolución de julio* (1903-1904) se eleva hasta el título el término real de la ecuación "cirugía-revolución", tantas veces mencionada en episodios anteriores, desde su aparición en *El 7 de julio*, según dijimos más arriba. Fajardo cree que el pueblo advierte un malestar impreciso que se manifiesta en "estados eruptivos, congestivos" o en un "picar doloroso" identificado con "la conciencia nacional" y defiende la revolución como única vía para resolver la agonía de un ser nacional que parece que "estuviera muriendo y naciendo al mismo tiempo. Ni acaba de morir ni acaba de nacer".²¹

Galdós está historiando en la cuarta serie los pronunciamientos revolucionarios continuos contra el absolutismo; y parece como si el tema reclamara del autor el uso de fórmulas organicistas con las que articular su juicio de valor negativo y hasta su personal desolación, tal como ocurre en los textos de la llamada "Literatura del Desastre". La historia de la España de la segunda mitad del siglo XIX es sometida en su conjunto a un juicio de valor degradante por medio, entre otros muchos factores, de una visión organicista posterior en varias décadas al marco histórico evocado. La repetición, los constantes cambios de gobierno son expresados así por Fajardo en *O'Donnell*: "... no era más que una cataplasma simple aplicada al tumor nacional (...) En la mente de Fajardo se fijó la idea de que el alma de la nación, como la de él, sufría un acceso de pesada somnolencia".²² En el mismo episodio, un personaje liberal opina que el comisionado del rey Fernando pretende sustituir "el cauterio de la Constitución" por "la cataplasma anodina hecha en la misma farmacia de donde salió la Carta de Luis XVIII".²³

En la quinta serie, inaugurada con *España sin rey*, la interinidad gubernamental es el principal objeto de la expresión regeneracionista. La interinidad es ahora el "terrible virus" cuyas manifestaciones facciosas son "abcesos infecciosos".²⁴ Más de dos años después de la escritura de estos pasajes, en *Amadeo I* (1910), España sigue siendo "como cuerpo en que

circula sangre viciada”²⁵, enfermedad profunda de la que es más fácil percibir sólo los indicios epidérmicos, “manchas eruptivas (...) forúnculos”. O en *La primera República*, “sarampión”.²⁶

Las palabras de estos personajes, aunque de un modo a veces trivial, se sitúan en unos moldes expresivos que recuerdan los de esa amplia nómina de teóricos, políticos, sociólogos y arbitristas que asumieron la función de médicos espirituales de la patria enferma, que diagnosticaron y propusieron seguidamente los remedios.

La tercera parte del *Idearium español* de Ganivet (editado en prensas locales en 1897) se dedicó en especial al estudio de los males de la España contemporánea y su posible tratamiento. El granadino, que percibía a sus contemporáneos como “hundidos y postrados”, añadía el de la charlatanería a otros males de la nación, como la somnolencia y la abulia. En su alegoría organicista, según la cual “el espíritu territorial es la médula; la religión, el cerebro; y el espíritu guerrero, el corazón; el espíritu jurídico, la musculatura”, Ganivet se atribuye el papel de “médico espiritual para formular el padecimiento que los españoles sufrimos...” Y desde él emite su famoso dictamen: “la enfermedad se designa con el nombre de *no-querer* o, en términos más científicos, por la palabra griega, *aboulía*, no querer”. A partir de aquí, el escritor adoptará la forma de artículo científico: clasificación de la abulia (en pasajera y crónica), síntomas del enfermo de abulia, causas de la enfermedad.²⁷ Esta estructura, que coincide en parte con artículos costumbristas de parodia zoológica o botánica, conocería luego una larga tradición, de la que podría formar parte como ejemplo destacado el artículo “Patología del golfo”, publicado por Pío Baroja en el número 4 de la *Revista Nueva*, de 15 de marzo de 1899, bajo la firma de “Doctor Baroja”. La irónica estructura en epígrafes como “concepto”, “etiología”, “síntomas”, “pronóstico” y “tratamiento” apunta sin duda a la tradición que acabamos de mencionar.

En la misma fecha del artículo barojiano, Ricardo Macías Picavea publica su libro *El problema nacional*, donde acuña como uno de los males de la patria el tecnicismo burlesco “psitacismo” (de *psitacus*, papagayo o cotorra), enfermedad que observa expandida en las Cortes, el periodismo y la vida política en general.²⁸ En efecto, la oratoria vacía y la charlatanería ociosa fue una de las enfermedades apuntadas de forma coincidente por Ángel Ganivet, Macías Picavea, Mallada, Costa, y desde luego por Galdós, en su conocida fobia a las mañas oratorias. El libro de Macías organiza meticulosamente sus contenidos a modo de informe médico, con el consabido examen del paciente, diagnóstico de la enfermedad y medicación, tras establecer como enfermedad nacional básica la parálisis. Heredando, aunque sin matices, las grandes revisiones del *espíritu de los siglos* realizadas por Giner (y que Galdós reproducirá en *El caballero encantado*), con el fin de establecer su “Definición del mal” Macías hurga en la historia del *cuerpo de la nación* desde la Edad Media, y concluye que España tuvo una

constitución normal en los tiempos antiguos, hasta que “De pronto aparece la enfermedad, y en los siglos XVI y XVII evoluciona en todos sus períodos agudos. Después, convertida en discrasia, en puoemia y toxicoemia, en infección general del organismo entero, se agarra a los hondos de él, forma constitución morbosa, y se hace crónica, minando profundamente la vida hasta acabarla. En el cual período de acabamiento ahora estamos”.

De entre el riguroso y ordenado catálogo de los males detectados, destacan el caciquismo, el militarismo, la “parálisis de la evolución” y el antes mencionado *psitacismo*, que a juicio del autor invade tanto las Cortes como el periodismo o la literatura, cuyos discursos se reducen a sonidos vacíos de cualquier mensaje.²⁹

Lucas Mallada emite idéntico diagnóstico que acusa de locos charlatanes a los españoles contemporáneos. En *Los males de la patria y la futura revolución española*, de 1890, aunque editado en 1910, apunta que la charlatanería, la ampulosidad y la abulia han generado una España “entumecida (...) macilenta, con torpe e inseguro paso”. Para Mallada, el vicio de perorar, uno de los peores defectos del carácter nacional, y el párrafo insulso de vagas pretensiones, así como los millares de maestros de oratoria existentes en España concederían al país una indeseable ventaja en el arte parlamentario. Regeneración”, también aquí, va a convertirse en el vocablo central tras los diagnósticos.³⁰

Volcánicos como siempre resultan los escritos de Joaquín Costa sobre la palabrería inútil. Recordemos su “Medalla del año 1899”, cuyo imaginario anverso supone “un estadista de acero”, resuelto a realizar una “operación quirúrgica”, que se equipara a una revolución financiera. En el reverso, la denuncia de la charlatanería parlamentaria se hace feroz, al juzgar las peroratas ociosas como la enfermedad más corruptora. En “Sangre española” declara que al aplicar “el termómetro a la sangre de los españoles”, observa con espanto que desciende la temperatura. Y sugiere finalmente, como prueba de enfermedad, una extraña fiebre: el calor de los españoles parece “se les ha concentrado en la lengua”.³¹

Muchos años más tarde, Costa insiste: “Yo no sé si la elocuencia tiene todavía algo que hacer en el mundo: lo que si sé, es que en la situación aflictiva a que hemos llegado por consecuencia de la catástrofe nacional, necesitados de una reconstitución muy pronta y radical, hay algo mejor que la poesía, y es la prosa; como hay algo mejor que la prosa, y es el silencio. ¡Por el silencio y por la prosa se salvará España, si por ventura queda todavía para ella salvación!”³²

En *La voluntad*, Azorín coincide en señalar la oratoria vana como causa de terrible enfermedad. Del personaje de Yuste, educador modélico, se dice que “Odia la frase hecha, el criterio marmóreo”, «El discurso aplaudido de un ex-ministro estúpido, el fondo palabrero de un periódico...” Yuste,

al abominar de “la frase hecha de un periodista vano, la idiotez de una burguesía caquéxica...”³³ parece convertirse en portavoz de las desoladas teorías de Lucas Mallada sobre la charlatanería y la ampulosidad como causa de los mayores males del organismo social.

Como muestra de que la literatura converge en intenciones y a veces hasta en moldes expresivos con los teóricos regeneracionistas, en *El caballero encantado* galdosiano el tema de la palabrería se aborda con sarcasmo llamativo. La “Madre” alegórica explica a Tarsis que entre las causas de su castigo y encantamiento se encuentran el escepticismo y la charlatanería. La oratoria contemporánea es vista por la Madre como puro juego barroco, lleno de “lemas”, “emblemas” y “motes”. Pero además, las palabras aisladas nunca son creadoras: “Y yo te digo, Gil, que cuando las palabras, o sean las féminas, no estén fecundadas por la voluntad, no son más que un ocioso ruido. Y aquí verás señalado el vicio capital de los españoles de tu tiempo, a saber: que vivís exclusivamente la vida del lenguaje (...) Habláis demasiado, prodigáis sin tasa el rico acento con que ocultáis la pobreza de vuestras acciones. Sois muy lindas tarabillas”.³⁴ En consecuencia, Tarsis debe purgar su culpa metamorfoseado en pez silencioso, nadando durante un tiempo en la “redoma del buen callar”, tal como Lázaro de Tormes es transformado en atún durante casi toda la *Segunda parte de la vida de Lázaro de Tormes*.

Galdós, antes de dar cuerpo alegóricamente a la “Madre-patria” desgastada y anciana, pero potencialmente gallarda de *El caballero encantado*, expresaba la idea en artículo de marzo de 1890, donde se encuentra ya el germen de “la Madre exhausta”, aunque en relación con Hispanoamérica en este caso:

Por una ley de compensación histórica, si la América española debe su origen a España, esta antigua Monarquía, sometida a durísimas pruebas en el curso de la historia, hoy gastada y anémica, como madre consumida en la concepción y crianza de tantos hijos...³⁵

Como es frecuente en los textos galdosianos, se unifica la expresión de Galdós y de sus personajes. Nótese la confluencia de las palabras anteriores, del Galdós periodista, con las del político ficcionalizado don Nicolás Estévanez exponiendo la personificación de España como madre consumida en *La Primera República*:

Nuestra República, recién nacida y un poquito enclenque por haber venido al mundo antes de tiempo con auxilio de comadrones inexpertos, requiere cuidados exquisitos. Resulta que la Madre España no puede darle la teta: su leche es escasa y mala.³⁶

La Madre alegórica de *El caballero encantado* reaparecerá poco tiempo después en *Amadeo I* con la misma caracterización de personaje proteico, sometido a metamorfosis físicas según su grado de satisfacción (cuando recorre lugares heroicos) o en relación con las vejaciones a las que es sometida.

Galdós entronca de este modo con la tendencia a las personificaciones de grandes conceptos que caracteriza el estilo de sociólogos y teóricos regeneracionistas. Grandes conceptos relacionados con “el Absolutismo” o “la Revolución” se expresan también de forma didáctica y muy visual, por medio de las alegorías organicistas. Recuérdese en este sentido el capítulo final de *Cánovas*, con la profecía de Clio y su mensaje a los españoles. En él se sintetiza el espíritu de la revolución, considerada ésta como única terapia para sacudir la “laxitud enfermiza” inaugurada por la Restauración. Se trata de una atrevida invocación a la guerra purificadora: “Declaraos revolucionarios”, para evitar la “lenta parálisis que os llevará a la consumición y a la muerte”.³⁷

En los dos últimos episodios galdosianos, *De Cartago a Sagunto* (1911) y *Cánovas* (1912), Galdós ha venido poniendo en boca de la figura alegórica de Mariclió (la Madre Patria) la expresión escéptica y rotunda de los males del absolutismo. El anatema final de Mariclió en *Cánovas* se convierte en una proclama intemporal de Galdós contra todo sistema absolutista, alegato de indudable filiación regeneracionista en su contenido y en sus fórmulas expresivas: “Tu pobre España gemirá por largos años bajo la pesadumbre del despotismo que llaman ilustrado, enfermedad oscura y honda, con la cual los pueblos viven muriendo... y se mueven, gritan y discursen, atacados de los que llaman epilepsia larvada... Debajo de esta dolencia se esconde la mortal tuberculosis”.

El desencanto personal se vierte en el desengaño de Tito sobre la renovación de España, imposible ya tanto en manos de liberales como de conservadores: “Han de pasar años, lustros tal vez, quizás medio siglo largo, antes de que este régimen atacado de tuberculosis étnica, sea sustituido por otro que traiga nueva sangre y nuevos focos de lumbre mental”.³⁸

La visión histórica que Galdós proyecta en estos años no puede ser más escéptica, enfocando hacia el pasado su propio pesimismo contemporáneo. Declaraba el autor a Javier Bueno en entrevista publicada en marzo de 1912 que por oposición a la vitalidad de los países americanos, en España “está todo muerto, aquí tiene que haber una gran catástrofe, esto desaparece por putrefacción”.³⁹ Y el periodista recogía por su parte la amargura con que Galdós repitió “esto está muerto, muerto, muerto”. Estas declaraciones, no lo olvidemos, son paralelas al inicio de *Cánovas*.

II

Pero a pesar del desengaño que destila este catálogo de males, tampoco en Galdós faltó, como en Ganivet, Mallada o Picavea, la parte dedicada a las recetas, soluciones y remedios. Para ello el autor vierte en sus fábulas de vejez, en sus utopías, en sus alegorías clasicistas, las propuestas concretas de sociólogos y políticos regeneracionistas, que combina de un modo original con su relectura de la tradición literaria española desde la Edad Media hasta los Siglos de Oro.

No estamos exactamente ante las particulares glosas de lo leído que caracterizan al 98. No es semejante a Unamuno homenajear *El Quijote* en 1905 con su *Vida de Don Quijote y Sancho*, o a Azorín recorriendo *La ruta de Don Quijote* en el mismo año, o reescribiendo el final de *La Celestina* o *El Lazarillo* en su *Castilla*. Lo que hace Galdós en su vejez, sobre todo en *El caballero encantado*, es más bien construir un esquema de "archiliteratura" española, con la síntesis resuelta de personajes, ecos lingüísticos, intertextos, que abarcan al menos cuatro siglos de nuestra tradición, paralelamente a su ilusión romántica (y noventayochista) por el reencuentro con el alma nacional, intemporal y eterna.

Inseparable de esta ilusión aparece la voluntad moralizante en estas obras. El auto sacramental barroco emerge en 1915 en *La razón de la sinrazón*, que ofrece la lucha de entidades abstractas como "la verdad" y "la mentira", "la lógica" y "el absurdo", "la Razón" y "la Sinrazón". La joven Atenaida porta un nombre simbólico como maestra y sabia, coherentemente con el carácter de alegoría cercano al auto sacramental en que deviene la obra, sin que esto llegue a consumarse ya que los entes abstractos y su lucha aparecen sólo lingüísticamente, referidos o nombrados, sin adquirir corporeidad de personajes. *La razón de la sinrazón* muestra un espacio de intersección con los *Episodios* de las series cuarta y quinta, intersección en la que colabora el tratamiento de temas recurrentes en la literatura barroca española: el enloquecimiento, el sentimiento del mundo al revés.

Acorde con su carácter de "fábula", en la que el autor expresa mediante símbolos una serie de *desiderata* y soluciones regeneracionistas para la salvación nacional, tras la lucha de auto sacramental entre la Razón y la Sinrazón, la Verdad y la Mentira, permanecerá una pareja prometedora. De entre las varias parejas programáticas que Galdós propone en esta última etapa, Atenaida hereda la escuela y Alejandro se convierte en labrador. Ambos constituyen la pareja ideal que preparará el futuro a nuevas generaciones. Acotaciones como "Avanzando con solemne arrogancia como personificación de una idea sublime"⁴⁰ reconocen los movimientos majestuosos de los personajes, que subrayan su carácter de abstracciones encarnadas.

Esta fábula de 1915, en la que *Ursaria* representa el reino de la mentira, presenta de forma alegórica una visión del mundo semejante a la que ciertos protagonistas de los *Episodios* manifiestan acerca del momento histórico concreto en que viven. Retoma Galdós la Farsalia de Baltasar Gracián y denomina al país "Farsalia-Nova",⁴¹ lugar que condensa todo el mundo de falsedad y fingimiento, toda la impresión de irrealidad que progresivamente destilaban los *Episodios* de las dos últimas series.

Recordemos que el propio desorden en el modo de narrar a cargo de Tito Liviano, declarado por él mismo y evidente en los *Episodios* de la última serie, se convierte en relevante y acompaña desde la estructura al sentimiento de caos y mundo al revés. La sintaxis narrativa deliberadamente caótica en los *Episodios* se llena de sentido, ya que no sólo la palabra o los temas tratados sirven a esa visión del entorno como caos.

Pero a pesar del carácter voluntariamente generalizador del nombre de *Ursaria*, la primera asociación que acude a nuestra mente es "Madrid", tantas veces denominada por Galdós con la conocida expresión "Villa del Oso" o "del Oso y el Madroño".⁴² En otro lugar, además, un diablo afirma estar trabajando en el alcantarillado de la Gran Vía.

Por otra parte, se encuentran alusiones que extraen de su intemporalidad a la fábula y nos remiten, aunque genéricamente, a las épocas abordadas en los *Episodios*: existen referencias al Senado, al Parlamento, frecuentes rumores de crisis ministeriales que no distinguen a ninguna época por ser frecuentes en tantas a lo largo del siglo, etc. Por tanto, estaríamos ante la "archirrepresentación" o arquetipo de la política de todo el siglo XIX español y del inicio del XX.

Cuando José Schraibman sugirió en 1966 el concepto "estilo de la vejez" galdosiano, se centraba casi exclusivamente en *El caballero encantado*, novela en la que Galdós, como Cervantes, levanta el vuelo hacia lo fantástico-mitológico e imita la idea, forma y lenguaje de *El Quijote*. Apuntaba ya entonces Schraibman que el marco temporal de la obra es síntesis de un claro mensaje regeneracionista -pese a su estilo y lenguaje anacrónicos- próximo al lema costiano de "escuela y despensa".⁴³

Pero Galdós venía inclinándose al emblema y la alegoría en obras escritas a partir al menos de 1884-1885, aunque se libre resueltamente a la reminiscencia clasicista en su última etapa de producción, con origen en la novela *Casandra* y última etapa en *La razón de la sinrazón*, pasando por *El caballero encantado* y las series cuarta y quinta de *Episodios*.

En *Casandra* Galdós muestra la lucha contra el absolutismo y la tiranía mediante la grandiosidad de acciones y tono de la tragedia griega, y para ello diseña sobre moldes iconográficos clasicistas a su personaje vengador. La escena XI de la jornada 3ª contiene la venganza de *Casandra*, y

eleva lingüísticamente su registro para alcanzar la dignidad de la tragedia. Casandra, tras osar decir al símbolo del absolutismo, a la tirana familiar, lo que nadie pudo, acaba por asesinarla, convirtiéndose en *deus ex machina* de la felicidad de todos. Previamente Alfonso, agorero, definía en términos emblemáticos el aspecto de Casandra: "Su figura y rostro helénico parecen creados para el horror sublime de la tragedia".⁴⁴

Estas últimas alegorías de Galdós, que se refugian en un ropaje mitológico, helenizante o de resonancias del Siglo de Oro español, no deben confundir al lector: se apuntan soluciones ideales utópicas a problemas contemporáneos. Galdós, a veces muy pesimista en declaraciones privadas, da vía libre en la ficción a propuestas de buena voluntad centradas en la recuperación de la vida del campo, en la importancia de la educación infantil, en la lucha contra el fanatismo religioso, contra el absolutismo de cualquier signo, contra la charlatanería. No es casual que en sus últimas obras proponga parejas ideales, programáticas, regeneradoras, de índole muy semejante.

Galdós se balancea entre la entrega a su propensión fantástica y mitológica y las convenciones de verosimilitud que había practicado habitualmente en el género *Episodios*. Pese a ello, no renuncia a la corporeización de entes abstractos y la propuesta de mensajes morales, algo que, paradójicamente, juzgaba inconveniente en el género teatral, según declaraba en 1894 en su Prólogo a *Los Condenados*, pero que acabaría por justificar teóricamente en 1902, al afirmar en el Prólogo de *Alma y vida* que "el simbolismo tendencioso" "nace como espontánea y peregrina flor en los días de mayor desaliento y confusión de los pueblos, y es producto de la tristeza, del desmayo de los pueblos ante el tremendo enigma del porvenir, cerrado por tenebrosos horizontes."

NOTAS

- ¹ Cfr. MARAVALL, J. A., *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1975, pp.147-148 y 283. El historiador recoge, entre otros interesantes testimonios, el de Pérez de Herrera, para quien los labradores, ganaderos, etc., eran "el hígado que envía por las venas mantenimiento a todos", mientras que los títulos y nobles actuaban como el estómago en que se cuecen los alimentos.
- ² MARAVALL, J. A., «Interpretaciones de la crisis social del siglo XVII por los escritores de la época», en *Seis lecciones sobre la España de los Siglos de Oro. Homenaje a Marcel Bataillon*, Univ. de Sevilla/Bordeaux, 1981, pp.113-158. Es de interés así mismo el análisis de Y. David-Peyre acerca del *Remedio para el bien y la salud del cuerpo de la República*, de Pérez de Herrera, quien considera a España "como a un ser vivo que se resiente del mal funcionamiento de ciertos órganos, mientras el corazón y la cabeza (Monarcas y Casa Real) se encuentran en perfecta salud". La sed de riquezas es expresada como "enfermedad de hidropesía" y factores como la expulsión de los moriscos o la emigración hacia las Indias son, a su juicio, "desórdenes orgánicos contrarios a la elaboración de una sangre rica". («La alegoría del cuerpo humano en el prólogo al Memorial de Cristóbal Pérez de Herrera, 1610», *Actas del V Congreso Internacional de Hispanistas*, Bordeaux, 1977, pp.311-317).
- ³ *La Frustración de un Imperio, 1476-1714*, vol. V de *Historia de España*, ed. M. Tunón de Lara, Labor, Barcelona, 1988, pp.309-310.
- ⁴ *La ciencia social contemporánea*, traducción, prólogo y notas de POSADA, A., La España Moderna, Madrid, 1894, pp.99-205.
- ⁵ Recogido, entre otros lugares, en *Ideario*, ed.de GARCÍA MERCADAL, J., Afrodisio Aguado, Madrid, 1964, p.108.
- ⁶ *Ideal de la Humanidad para la vida*, Orbis, Barcelona, 1986, pp.86-96 y 122.
- ⁷ Cfr. JONGH-ROSSEL, E. M. de, *El krausismo y la generación de 1898*, Madrid, Albatros Hispanófila, 1985, p.17. La autora señala entre las características del Krausismo español el que "tiene una concepción organicista de la sociedad y considera que ésta debe ser la conjunción armónica de grupos e individuos".
- Cfr. también los epígrafes "Krausismo y organicismo social" y "Organicismo social" del estudio preliminar de DÍAZ, E., a *Minuta de un testamento* de AZCÁRATE, G. de, Eds. de Cultura Popular, Barcelona, 1967.
- ⁸ JONGH-ROSSEL, E. M. de, recuerda, citando una carta de Giner a don Rafael Altamira de 16 de marzo de 1903:
- "En toda situación histórica, escribió Giner, hay que distinguir entre lo sano y lo enfermo; Krause es "el primero que ha tratado en unidad de concepto estas enfermedades de la Historia". *Op.cit.*, p.163.
- ⁹ BATTANER, M. P., *Vocabulario Político-Social en España, 1668-1874*, Madrid, Anejos del BRAE, 1977, p 603.
- ¹⁰ *El 7 de julio*, en *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. II, Aguilar, Madrid, 1986, p.557.
- ¹¹ *Obras completas. Novelas*, vol. 1, Aguilar, Madrid, 1986, p.985.
- ¹² *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. III, Aguilar, Madrid, 1986, p.346.
- ¹³ *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. III, cit., p.781.
- ¹⁴ *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. IV, Aguilar, Madrid, 1986, pp.326-327.

- ¹⁸ *La de los tristes destinos*, en *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. IV, cit., p.1080.
- ¹⁹ *La de los tristes destinos*, cit., pp.1013-1014.
- ²⁰ *La de los tristes destinos*, cit., p.979.
- ²¹ *La revolución de julio*, en *Obras completas, Episodios Nacionales*. vol. IV, cit., p.380.
- ²² *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. IV, cit., 1986, p.512.
- ²³ O' Donnell, en *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. IV, cit., p.591.
- ²⁴ *España sin rey*, en *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. V. cit, pp.78-79.
- ²⁵ *Amadeo I*, en *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. V, cit., p.326.
- ²⁶ *La Primera República*, en *Obras completas, Episodios Nacionales* vol. V, cit, p.339.
- ²⁷ GAVINET, A., *Idearium español*, en *Obras completas*, vol. 1, Aguilar, madrid, 1961, pp.286 y ss.
- ²⁸ SEOANE, M^a C., ha recordado el movimiento antirretórico que se produjo a fin de siglo, y en el que lanzarían sus protestas contra la oratoria vana Joaquín Costa, Valentín Almirall y Mallada entre otros. Cfr. *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Madrid, Castalia, 1977, pp.33 y 337 en especial.
- ²⁹ MACÍAS PICAWEA, R., *El problema nacional*, Madrid, Fundación Banco Exterior, col. Biblioteca Regeneracionista, 1991, pp.243-247.
- ³⁰ *Los males de la patria*, Madrid, Fundación Banco Exterior, col. Biblioteca Regeneracionista, 1990, pp.50-51.
- ³¹ COSTA, J., *Ideario*, ed. de J. García Mercadal, Afrodísio Aguado, madrid, 1964, pp.56-61.
- ³² COSTA, J., *Crisis política de España (Doble llave al sepulcro del Cid)*, Biblioteca Costa, Madrid, 1914, p.48.
- ³³ *La voluntad*, Primera Parte, III. Ed. de INMAN FOX, E., Castalia, Madrid, 1985, p.72.
- ³⁴ *El caballero encantado*, cap.IX. Ed. de RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., Cátedra, Madrid, 1970, p.151.
- ³⁵ *Los artículos de Galdós...*, cit. pp.362-363.
- ³⁶ En *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. V, cit., p.373.
- ³⁷ *Cánovas*, en *Obras completas, Episodios Nacionales*, vol. V, cit., pp.633-634.
- ³⁸ *Cánovas*, ed. cit., p.620.
- ³⁹ Entrevista reproducida parcialmente en *Benito Pérez Galdós*, ed. de ROGERS, D. M., Taurus, Madrid, col. El escritor y la crítica, 1973, pp.85-88.
- ⁴⁰ *La razón de la sinrazón*, en *Obras completas, Novelas, III. Miscelánea*, Aguilar, Madrid, 1986, p.1183.
- ⁴¹ Por lo que respecta a usos lingüísticos contemporáneos de Galdós, hay que recordar la frecuencia de la aplicación del dicitario "farsa" al ámbito político a partir de 1868, tal como ha documentado M^a Paz Battaner en su estudio del léxico de las Actas de las Cortes y de la Prensa de la época. La lexicógrafa encuentra abundantes textos socialistas, de semanarios satíricos tanto republicanos como carlistas, e incluso títulos de obras, que expanden este vocablo. Así, la obra de Eusebio Blanco *La farsa religiosa*, publicada en Barcelona en 1869. Lo más corriente, sin embargo, es que el término gire en el campo léxico de la política, como en esta cita de mayo de 1870, de un artículo del socialista *La Solidaridad*: "...el porqué creemos que los obreros deben separarse de esta asquerosa farsa conocida con el nombre de política". O en esta otra, transcrita en el Diario de sesiones el 31 de octubre de 1870, donde el feroz Paúl se expresa a gusto:

-El Sr. Presidente: Sr. Paúl, ¿a qué se refiere V. S. al emplear la palabra *farsa*?

-El Sr. Paúl y Angulo: Al sistema parlamentario aquí seguido”.

Battaner insiste en la “fusión de la moral y la política en retórica” en los años siguientes a la Gloriosa. Podemos corroborar la realización de su esperanza en que su estudio léxico serviría de documentación para el estudio de la novela de la Restauración. En efecto, y tal como la estudiosa aventuraba, la narrativa de Galdós se hace eco del lenguaje de su época y “el léxico político encontrado en el sexenio revolucionario se convierte en un metalenguaje aplicable a todas las situaciones de la “Realidad”. (En *Vocabulario Político-Social en España, 1968-1874*, cit., pp.43-44, 242-244 y 422).

⁴² La forma “villa del oso” es usada con frecuencia por el autor como *i-ariatío* denominadora de Madrid. Por ejemplo, en artículo de 24-IX-65 recogido en *Los escritos de Galdós en La Nación*, ed. de SHOEMAKER, W. H., Ínsula, Madrid, 1972, p.150.

⁴³ “Galdós y “el estilo de la vejez”, *Homenaje a Rodríguez Moñino*, vol. II, Castalia, Madrid, 1966, pp.165-175.

⁴⁴ *Casandra*, en *Obras completas, Novelas III. Miscelánea*, cit., p.962.